

virtud? ¿En qué pudiste ofenderlos, Melctal? ¿Pereció tu hijo defendiéndote, ó te ha dejado sin mas amparo que el de esta pobre y débil niña que solo puede llorar? Pero yo seré tu hijo, heredero este dia su ternura y su deseo de venganza.”

“No acuses á mi hijo,” dijo el anciano; “no juzgues á tu amigo sin oirlo. Dejadme sentar entre vosotros. Guillermo, no me abandones, ni tú mi Clara; Edmea y Gemmi, escuchadme con atención.”

Lo llevaron á una loma cubierta de musgo, y lo colocaron al lado de Guillermo, Edmea se sentó detras de él para sostener su venerable cabeza, y Clara y Gemmi sentándose á sus piés le tomaron la mano, se la besaron y se la bañaron de lágrimas.

“Escuchadme, pues,” dijo Melctal, “y no os entreguéis á un pesar y á una indignacion estériles. Esta mañana, cuando el último sol que miraron mis ojos doraba con sus rayos las cimas

de nuestras montañas, Clara, mi hijo y yo nos fuimos al campo. Clara me ayudaba á atar los manojos de nuestra cosecha, y mi hijo los echaba en el carro, á que estaban uncidos dos bueyes para llevarlo á la cabaña. De repente llegó un soldado de la guardia de Gesler, se acercó á nosotros pisoteando nuestro grano y dirigiéndose al carro lo miró y comenzó á desuncir á los bueyes. ‘¿Con qué derecho,’ le dijo mi hijo, ‘quieres quitarme estos animales, que son mi única riqueza para mantener á mi familia y para ayudar á tu amo á pagarte tu sueldo?’ ‘Obedece,’ replicó el soldado, ‘y nada preguntes á tus superiores.’ Á estas palabras sí que el furor inflamaba los ojos de mi hijo. Tomó la correa que ataba á los bueyes, y que el soldado les habia quitado, se la arrebató de la mano, la levantantó, y contenido por mis gritos: ‘Miserable,’ le dijo, ‘puedes dar gracias á mi padre, pues su voz omnipotente para mí, ha impedido que libre yo á la tierra de

un enemigo de la humanidad! Huye, ó teme que este campo se convierta en tu sepultura.' El soldado huyó inmediatamente. Contuve á Meletal para que no lo siguiera. 'Hijo mio,' le dije, 'en nombre del Cielo, sálvate luego de la cólera de Gesler: lo conozco, jamás te perdonará, te perseguirá hasta la muerte y mis canas quedarán salpicadas de tu sangre. Apresúrate, hijo mio, salva mi vida, salvando la tuya.' 'No, padre mio,' replicó él, con una voz en que la compasion se mezclaba al furor, 'no, jamás te dejaré. Prefiero morir defendiéndote á temblar un momento por tu seguridad. Es mi deseo, es mi deber . . .' 'Obedecerme,' le contesté severamente. 'Nada tienes que temer por mí, déjame cuidando de tu cabaña y de tu hija; me esforzaré en que tu hija conserve á su padre y su herencia. Ocúltate por unos dias en las montañas de Underwalden. Clara y yo iremos á verte cuando haya pasado la tempestad. Anda y no pierdas tiempo, yo te lo ruego, yo te lo mando

como padre.' Á estas palabras, el animoso Meletal bajó tristemente los ojos, se arrodilló, me dijo adios y me pidió mi bendicion. Yo lo estreché contra mi corazon y lo bañé con mi llanto. Clara se colgó de su cuello, y besó las lágrimas que su afligido padre no pudo reprimir. Entónces él se arrancó de los brazos de su hija y poniéndola en los míos, salió precipitadamente sin atreverse á volver los ojos. Clara y yo regresámos solos á la cabaña.

"Pensaba yo ir á Altorf á presentarme al tirano, y ver si su alma estaba destituida de todo sentimiento de justicia, cuando la cabaña fué invadida por hombres armados que á gritos preguntaban por Meletal. Me atormentaron furiosos, me cargaron de cadenas y me arrastraron á la presencia de Gesler.

"¿Donde está tu hijo?' me preguntó el tirano con furor. 'Tu pagarás su crimen, si no me lo presentas.'

"'Hiéreme,' le contesté, 'y daré gracias al

Cielo si tu barbaridad hace que por segunda vez dé yo la vida á mi hijo?

“Gesler frunció las cejas, y pude á un tiempo percibir en su mirada la crueldad mas fria, y su vacilación en cuanto al género de tormento que no me fuera ménos duro por lo avanzado de mis años.

“Al fin, despues de un largo silencio, hizo una seña á los asesinos, y estos miserables, á quienes miró con esa infernal sonrisa con que los tiranos muestran que se glorian en los crímenes que ningun mortal puede castigar, se apoderaron de mí, me ataron, me oprimieron y entónces me sacaron los ojos con una ascua ardiente. ‘Basta,’ dijo Gesler; ‘que viva ciego ese criminal. Quitadle los grillos y que vaya á buscar á su hijo.’ Me arrastraron, me lanzaron rudamente fuera del palacio: anduve vagando con los brazos extendidos y caí en los de Clara, que me habia seguido hasta la puerta, de donde la guardia no la dejó pasar. En medio de mi congoja me

servia de consuelo oirme llamar por un nombre tan querido de mi corazon y sentir que me abrazaba aunque bañándome en su llanto. Procuré contener sus sollozos, le oculté mi angustia y le dije que me condujera á la casa de mi amigo, del amigo de mi hijo. ‘Allá vamos,’ me contestó, ‘allá me guiaba el corazon.’ Hénos aquí: ¡querido Guillermo, ya no puedo verte; pero te siento á mi lado, oprimo tu mano en la mia; la siento temblar á la narracion de mis desdichas. Mi hijo se ha salvado, aun tengo un amigo—ah, todavía me quedan muchos consuelos!”

No bien hubo terminado el anciano, cuando Edmea, Clara y Gemmi se levantaron á abrazarlo, y sollozando lo bañaron de lágrimas. Tell permanecía en pié, sosteniendo su cabeza con una mano, miéntras sus ojos se clavaban en el suelo. Gruesas lágrimas se desprendian gota á gota de sus ojos entrecerrados, y como si un terrible peso lo oprimiera, apenas podia respirar.

La mano en que apoyaba la cabeza temblaba convulsivamente. Después de un largo y sombrío silencio, dió algunos pasos precipitados, abraza al ciego, quiere hablar, pero solo pudo articular con voz entrecortada estas palabras—“Padre mio, serás vengado.”

Entonces volvió á quedarse pensativo: guardó profundo silencio. Una vez y otra vez revolvió en su mente sus secretos designios, y al fin, recobrando ánimo, preguntó tranquilamente al anciano si sabia en donde se habia ocultado Meletal. “Sí,” contestó el desolado padre, “mi hijo ha ido á refugiarse á las oscuras cavernas del Monte Faigel; entre aquellas rocas desiertas que son desconocidas á las criaturas del tirano. Meletal me ha prometido, me ha jurado no salir de allí, hasta que yo se lo permita.” “Ya es tiempo,” dijo Tell, “de relevarlo de su juramento, y esto es lo que ahora te pido en su nombre. Hijo mio, prepárate inmediatamente para dejarnos. Caminando toda la noche, llegarás al des-

puntar el alba al Monte Faigel: busca á Meletal, no descanses hasta que lo hayas descubierto: y dile estas palabras: ‘Tu amigo me envia á hacerte saber los nuevos crímenes del execrable Gesler. Ha sacado los ojos á tu padre. Guillermo te manda esta espada.’”

Desciñóse entonces Tell la espada de que jamás se separaba. Gemmi la tomó, acercándose con respeto y la ocultó entre su seno. Edmea y Clara se estremecieron; pero no se atrevieron á preguntar nada á Guillermo; fijaron sus ansiosos ojos en Gemmi, se miraron despues una á otra, y temieron dar á conocer la inquietud que esta peligrosa expedición les inspiraba.

El anciano Meletal, sorprendido de la orden que Tell acababa de dar á su hijo, le preguntó cuáles eran sus intenciones. “Las sabe tu hijo,” replicó Guillermo, “y la vista de esta espada bastará para que comprenda lo que debe hacer. El tiempo es precioso, no lo perdamos mas. ¡Padre mio, serás vengado!”

Tomando á Gemmi de la mano, lo llevó á la tumba de su padre, y despues de hacerle prestar un juramento, le comunicó en parte sus secretos planes, le dijo con qué auxilios contaba y las instrucciones que habia de llevar á Melctal. Volvieron entónces animados de generosos propósitos. Gemmi ansiaba ponerse en camino. Clara pidió acompañarlo. Quería ir á abrazar á su padre y llevarle el alimento que habia de faltarle en las ásperas montañas. El anciano Melctal accedió á sus deseos y Edmea le dispuso desde luego una cesta de provisiones. Puso ademas leche y vino, y entregando la cesta á su hijo lo estrechó contra su corazon y le dijo adios. Lo abrazó otra vez, y recomendó á Clara en voz baja que cuidara á su querido hijo. Gemmi, armado de un baston con punta de hierro, que su padre le habia enseñado á usar, se puso la cesta en la cabeza, dió el brazo á Clara, y así emprendieron su marcha como dos cervatillos que vagan entre las tinieblas en busca de nuevos pastos. Gui-

llermo, cuando los hubo visto partir, se cubrió con la piel de lobo que siempre llevaba cuando salia á la caza de fieras léjos de su hogar. Esta piel, acomodada á su talle por un ancho cinturon, le cubria hasta la cabeza, y los dientes del animal brillaban sobre su frente. Llevaba las piernas cubiertas en parte de piel de oso, sobre los hombros un carcaj lleno de agudas flechas y en el brazo el arco formidable que jamás habia tendido en vano. Se apoyó un momento en este arco, mirando tranquilamente á Edmea. "Esposa mia," le dijo, "voy á dejarte; debo salir en este momento. Te recomiendo á nuestro huésped, al padre de mi amigo, al anciano á quien venero, y á quien amo como si fuera de mi familia. Sé su constante compañera, recreá-te en cuidarlo dia y noche, en consalarlo, en disminuir sus sufrimientos. No olvides ni un instante lo que se debe á la amistad, al infortunio y á la vejez. Pronto nos volverémos á ver, pues dos dias bastarán para mi empresa. Es menes-

ter que mi ausencia sea un secreto y que la puerta de mi casa permanezca cerrada hasta mi regreso." Dijo, y salió de la cabaña, y tomando una senda diferente de la que habia indicado á Gemmi, caminó apresuradamente.

Entretanto, Clara y Gemmi casi habian bajado la montaña en su camino por las estrechas veredas que conducen á Underwalden. Se desviaron de Altorf y llamaron á la puerta de un pescador, amigo de Tell, para pedirle que en su barca los pasará al otro lado del lago.

El buen pescador, que amaba á los niños, y se complacia en servirles, corrió á desatar su barca, los metió en ella, tomó los remos y hendió las claras aguas con rápidos é iguales movimientos.

Cuando llegaron á la opuesta orilla los niños dieron las gracias al buen pescador, y comenzaron á trepar por las agrias peñas que por todas partes rodeaban el lago. Clara quiso llevar á su vez la cesta que Gemmi habia cargado hasta allí; él no quiso cederle esta preciosa car-

ga, y como al fin convinieran en llevarla entre los dos, tomando cada uno un lado del asa, acortaron la distancia con sus mutuos cuidados, y al conversar, cambiaban miradas de un sentimiento triste, pero tierno, recordando los sufrimientos de las personas que les eran tan queridas.

La luna ya habia desaparecido y el alba, que en el invierno llega con tanta lentitud, empezaba á dorar las nevadas cimas, cuando los jóvenes viajeros llegaron al pié del Monte Faigel.

Al subir, buscan por todos lados, esperando encontrar algun pastor ó algun cabrero que les pueda enseñar la caverna en que Melctal estaba oculto. Pero á nadie encuentran en aquellas rocas desiertas. En vano buscan por todas partes hasta donde su vista puede alcanzar. No ven mas que hielo y solo pueden distinguir las cabras monteses, pendientes sobre los precipicios y que desaparecen tan rápidamente como los pájaros del aire en el momento en que son descubiertas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

55009

Por fin, como á los ocho, llamó la atención de Gemmi, un humo espeso que en espirales subía por entre las rocas. Lo señaló á Clara y ámbos corrieron hácia la humareda, saltaron sobre torrentes helados, atravesaron un bosque de pinos, llegaron á una cueva y percibieron desde su boca una lumbrada que resplandecía brillantemente en el otro extremo. Un hombre que estaba sentado al lado del fuego daba pábulo á la llama con ramas secas. Al ruido de los pasos, volvió la cabeza, se levantó, tomó su hacha y llevándola por lo alto, salió al encuentro de los jóvenes viajeros.

“¿Qué buskais?” les preguntó en tono de cólera. “Somos tus hijos, padre mio,” contestó Clara; corriendo hácia él. “Gemmi y tu hija á abrazarte y á traerte alimento.” Se arrojó entonces en brazos de su padre, quien, dejando caer su hacha, estrechó á su hija contra su corazón y la cubrió de besos. Volviéndose despues á Gemmi, que lo habia estado contemplando en silen-

cio, lo acarició tambien y lo bañó con sus lágrimas. Pronunció entonces el nombre de su padre y el de Tell, interrogó á los niños con inquietud é interrumpió sus respuestas con sus besos. Al fin, los acercó al fuego y sentándose en medio de ellos tuvo que reprimir su llanto para escucharlos tranquilamente.

Clara comenzó á decirle con gran precaucion el encargo que llevaban y las órdenes sagradas del anciano Enrique. Pronto le faltó la voz, quiso, pero no pudo contarle el espantoso infortunio que la hacia llorar, ni referirle la terrible crueldad de Gesler. Tres veces comenzó, y otras tantas tuvo que cortar la horrible narracion. Gemmi la ayudó entonces. “¡Oh Melctal!” dijo, “mira nuestro llanto que te anuncia nuevas desaventuras! Mi padre me ha ordenado que te traiga estas terribles noticias. Mi padre dijo que, su amigo puede soportarlas con firmeza, y que doliéndose de su hija Clara, sabrá moderar su pesar.” Contóle entonces cómo Gesler, el in-

fame Gesler se habia vengado en el anciano. Melctal, enfurecido, tomó su hacha y estaba á punto de salir precipitadamente de la cueva, para ir desde luego á bañar sus manos en la sangre del cruel tirano, cuando Clara se arrodilló y Gemmi deteniéndolo, le dijo: “Acuérdate de mi padre! ¿has olvidado sus palabras? ¿no es ya tu amigo? Oye al ménos lo que me mandó que te dijera. En este momento está con Verner, y solo ahora ha de comunicarte sus propósitos. He aquí las órdenes de mi padre—me las repitió tres veces—“Anda, hijo mio, y cuando hayas hecho saber á Melctal este nuevo crimen del tirano, recuérdale que el furor solo no basta para reparar nuestros agravios. Tanto necesitamos del valor como de la prudencia. Yo voy á Schwitz á ver á mi amigo Verner, y á sublevar su canton. Que él vaya á Stantz—allí estan sus amigos y los caudillos de Underwalden. Que los reuna y los haga apelar á las armas, y que me espere en la caverna de

Grutti, donde pronto nos le reuniremos Verner y yo.”

Al escuchar Melctal á Gemmi el dulce gozo de la venganza fué iluminando su rostro. “Obedeceré á mi amigo,” exclamó con delicia, “me apresuraré á reunirme con mis amigos. Desde mañana tu padre, Gemmi, puede contar con doscientos valientes, patriotas que morirán por conquistar la libertad; pero que ántes de perecer no dejarán de sacrificar á gran número de esclavos y levantarán en las calles de Stantz el estandarte de la libertad. Á mí mismo me devora la impaciencia de atacar al pérfido Gesler: que venga, que se atreva á encontrarnos con su innumerable turba de esclavos, armada de todo su poder, y yo seré mas fuerte que él, porque mi fuerza está en la causa de la piedad filial y de la humanidad ultrajada?

Cuando así hubo hablado, quiso desde luego tomar el camino de Stantz; pero Clara lo detuvo, rogándole que consagrara siquiera algunos mo-

mentos al llamamiento de la naturaleza, que pasara una hora con su hija y tomara el alimento que ella le habia llevado.

Melctal consintió en sentarse en medio de los dos niños, cerca del fuego y tomó con ellos un ligero refrigerio. Tomando despues á los niños en sus brazos, los estrechó una y otra vez, y dando curso á su llanto pareció olvidar la venganza que ántes lo habia exaltado. Se despidió de ellos, despues de repetirles lo que habian de decir á Guillermo; tomó su hacha y emprendió el camino de Stantz: pronto estuvo léjos de la caverna.

Los niños se quedaron solos, sobrecogidos de temores y presentimientos. Gemmi, que fué el primero en recobrar su presencia de ánimo, dijo á Clara: "Volvamos á ver á mi madre, para darle cuenta de nuestro viage y consolar á tu pobre abuelo con la esperanza de su próxima venganza." Clara no pudo contestar, y asiéndolo de la mano, salieron ámbos de la caverna.

Era ya mediodia, y, sin embargo, los débiles rayos del sol apénas atravesaban las espesas nubes que se iban amontonando. Parecia que un velo misterioso iba extendiéndose por todo el firmamento y ocultando su azul purísimo, mientras copos de nieve volando por el aire, como la lana que los breñales quitan á los rebaños, iban aumentando por el lado del norte. Pronto sopló un viento penetrante y arreció la fuerza de la nevada. Caía como un violento aguacero; llenaba todos los senderos, cubria y ocultaba todos los precipicios, y caía sobre los párpados de los pobres viajeros que ya no tenian fuerza para soportar la violencia del tiempo. Ya no podian andar mas, y se acercaron á las rocas en pos de algun abrigo; pero la nieve los siguió, cayéndoles sobre la cabeza. Gemmi temia por Clara, y ella, para disminuir su inquietud, se sonreía cuando se veia cubierta de copos de nieve ó cuando se los sacudia de su vestidos.

Al fin, calmó el furor de la tempestad y el

brillante astro del día, rompiendo el velo de niebla que ocultaba su esplendor, derramó sus rayos sobre la nieve que resplandeció con los fulgores del diamante. Los niños continuaron su camino; pero no podían hallar el sendero, que estaba cubierto por la blanca alfombra que se extendía por todas las peñas. Gemmi, teniendo á Clara de la mano, caminaba cuidadosamente, midiendo con su bastón la profundidad de la nieve; y este largo y cansado viage, lleno de peligros á cada paso, tenía, sin embargo, encanto para la tierna Clara.

Obligados á tomar un sendero extraviado, y á seguir el curso de torrentes, la rapidez de cuyas aguas había dejado secos sus canales, los viajeros emplearon todo el día y no llegaron sino á la tarde á la aldea de Erfeld. Recordando allí Gemmi el camino, conoció que no podían llegar á Altorf ántes de la noche. Alentó á su tímida compañera y la hizo observar, que la luna que comenzaba á salir les impediría volverse á

extraviar. Siguieron entónces con mas seguridad la orilla izquierda del río que atraviesa el canton Uri, cuando de repente se les unió un hombre armado de un grande arco y embozado en una capa que completamente le tapaba el rostro. Solo pudieron percibir la nieve y el hielo que brillaban en la copa del sombrero, que le cubría la cabeza, en su capa y hasta en sus cabellos que estaban enteramente helados.

Este hombre se acercó á los niños, que se detuvieron al verlo, y fingiendo la voz, les dijo: "Aquí teneis un cazador que ha perdido su camino, mis compañeros me han abandonado y no hallo el camino de Altorf, donde estoy seguro de que mi ausencia causa la mayor inquietud. Si quereis, hijos míos, servirme de guías, recomendaré ampliamente vuestra buena voluntad y vuestra diligencia."

"Ese servicio será su propia recompensa," respondió Clara, "sabemos el camino de Altorf, y tendremos tanto gusto en volveros á vuestra

familia, como tendriais vos en volvernos á nuestros queridos padres. Seguidnos y dentro de una hora seguramente llegaréis." El cazador se unió á los niños, y observándolos atentamente á la luz de la luna, caminó en silencio con ellos.

Pronto, dirigiéndose á Gemmi, le dijo: "Niño ¿quiénes son tus padres, y en qué parte viven de Altorf?" "Soy hijo de un labrador," respondió Gemmi, sin mirarlo, "y mi padre no vive en la ciudad." "Pues ¿dónde tiene su casa?" "En los montes, en un desierto solitario, donde labra la tierra y practica la virtud." "¡La virtud!" replicó el cazador, con irónica sonrisa, "no imaginaba yo que tu supieras lo que esa palabra significa." "Fué la primera que me enseñaron á pronunciar," replicó Gemmi firmemente. "Sabes, pues, lo que quiere decir?" "Creo que sí." "Explicamela." "Temer á Dios, amar al género humano y aborrecer á sus opresores." "Y ¿á quiénes llamas sus opre-

sores?" "Á los tiranos y á sus satélites." "Pero en Suiza no hay tiranos." Al oír estas palabras, Clara lanzó un grito de horror, Gemmi quedó en silencio, y el cazador, inclinando la cabeza, anduvo algun tiempo sin hablar. Al acercarse á Altorf, descubrieron las brillantes lanzas de las guardias que vigilaban las puertas. De repente, el misterioso extranjero dijo á Gemmi: "¿Cómo se llama tu padre?" Clara, trémula, oprimió la mano de Gemmi, y él, para quien la mentira era imposible, se detuvo un momento. Pero repitiendo el extranjero su pregunta, mirándolo atrevidamente, contestó: "Os hemos prometido enseñaros el camino; pero fuera de esto no podemos tener confianza en vos. No os diré el nombre de mi padre, porque solo sus amigos deben saberlo." "¡Temerario!" exclamó el cazador, en tono airado; "tu padre no se me escapará y á tí te aguarda una cadena, que llevarás hasta que digas el nombre de la familia rebelde á que perteneces. Ven conmigo y ya ve-

rás que tengo medios para descubrir y castigar á los criminales.”

Llegaron entónces á la puerta; el cazador pronunció el nombre de Gesler, y al oirlo la guardia se formó al instante, y le presentó sus lanzas. “Aprehended á estos niños,” dijo; “llevadlos á la prision, y cuidad de presentarme al primer habitante de Altorf que los reclame como suyos.”

En el acto fué obedecido, la guardia rodeó á Clara y á Gemmi, los condujo al fuerte y, sin compadecerse de su niñez, ni del cansancio que sufrían despues de tan larga jornada, los encerraron juntos en un calabozo.

Los niños estaban tranquilos, y mirándose el uno al otro tranquilamente, daban en secreto gracias á sus verdugos por no haberlos puesto en calabozos separados: escucharon sin temblar el sordo rechinar de las puertas de su prision, se sentaron en la paja que un resto de compasión les había dejado y tomaron juntos el grosero pan

que se les dió para su sustento. No tenían miedo, porque no sentían remordimientos; y solo estaban inquietos por la suerte de sus padres y por los peligros que pudieran amenazar á Guillermo, cuando se presentara á reclamarlos al gobernador. Esperaban, oraban pidiendo al cielo que el anciano ciego los creyera todavía en la caverna con Melctal, y que ignorándose lo que les había acontecido, de ello no resultara daño mas que á ellos mismos. Consolándose con tan piadoso pensamiento, estos dos niños, aunque en la cárcel y en poder de un tirano despiadado, durmieron sin zozobra el uno al lado del otro, y sin que los agitaran malos sueños, gozaron de ese suave y apacible reposo que alcanza la virtud, aun entre cadenas; miéntras que el gobernador en lo mas recóndito de su palacio, custodiado por gran número de soldados, y pudiendo con una palabra aniquilar á cuantos lo ofendieran, no pudo dormir, y los mas sombríos terrores le agitaron el alma.

Se decia: “¡Cuán inmenso debe ser el odio de mis súbditos, cuando hasta sus hijos lo revelan al viagero que les habla por acaso! ¿Cuál será, pues, el language de sus padres y de sus abuelos? ¿Qué no tengo que temer de esta raza de rebeldes, en la que todos, desde el anciano hasta el niño alimentan la esperanza de privarme del poder y tal vez de la vida! ¡Ah! Debo impedir su rebelion; debo aterrorizar á estos miserables que pretenden escaparse del brazo de la justicia. Al ménos, los mas atrevidos de entre ellos serán los primeros en caer bajo la cuchilla de mi venganza!” Entregándose á la rabia salvage y al orgullo que lo dominaban, revolvió en su mente varios planes absurdos, y se fijó en el mas ridículo para mostrar en el mas alto grado el desprecio con que miraba á un pueblo á quien no podia dejar de temer. Pensó, al fin, en el estúpido proyecto de colocar en el mercado el sombrero que usaba comunmente, para que cuantos pasaran se humillasen

ante su poder, prosternándose bajamente ante este signo de su autoridad. No dió oido á la razon, que le hubiera mostrado los peligros á que lo exponia una órden tan vana é insensata. En verdad, la razon parecia haberlo abandonado del todo. Reunió á los capitanes de sus guardias y ansiosamente los interrogó acerca del celo y de la fidelidad de sus mercenarios. Sus temores se sobrepusieron hasta á su avaricia, prodigó su oro á sus soldados, poniendo á su frente á Sarnem, criminal instrumento de todos sus secretos crímenes.

“Mañana al amanecer,” le dijo, “mandarás fijar un palo largo en el centro de Altorf, en la punta colocaras el sombrero que uso, y ahora te lo entrego para que lo pongas donde todo el mundo lo vea. Mis soldados vigilarán todas las avenidas del mercado para obligar á todos los transeuntes á inclinarse reverentemente ante este signo de la majestad y del poder del gobernador de los tres cantones. La menor murmuracion, la

mas leve resistencia á esta órden será castigada engrillando á los culpables. Leerás en los rostros, en las miradas de esa canalla vil, á quien la naturaleza hizo para la esclavitud, el sentimiento secreto de odio, de independendencia, ó de valor—pues tambien el valor es un crimen en los que solo nacieron para obedecer: —Apresúrate, pues, á cumplir mis órdenes y que mis soldados procuren sobre todo, descubrir quiénes son los padres de los niños á quienes he mandado á la carcel.”

Dijo, y Sarnem voló á obsequiar sus órdenes. Pagóse de antemano á la soldadesca el precio de los crímenes que se esperaba que cometiera. Abundantemente le prodigaron oro y vino. Se esparcieron espías por toda la ciudad y sus suburbios y se introdujeron artificiosamente en las familias para poder indagar sus secretas opiniones. Con afectada compasion, estos miserables refrieron á las gentes del pueblo la historia de los dos niños á quienes Gesler habia tratado tan

duramente, y observando sus miradas y sus expresiones, tomaban nota como de un crimen de cada emocion de piedad y de indignacion.

Entretanto el cielo en su justicia amparaba la cabaña de Tell, y la ocultaba de estas infames espías. No dieron con Edmea, que acompañada del buen anciano Melctal, contaba las horas de la ausencia de su marido y de su hijo. Pasó la noche en vela sin apagar la lámpara que iluminaba su choza, y sin tener un momento de reposo. El anciano tambien estaba impaciente, y de nada podian hablar sino de sus hijos ausentes. Cien veces se quedaron callados para escuchar el menor ruido que cerca de la puerta se oia. El viento helado que silbaba entre las ramas desnudas de los árboles ó el ladrido del fiel perro que rondaba la casa, continuamente hacian parar á Edmea y cada vez se levantaba á abrir la puerta creyendo que pudiera ser Gemmi. Cuando miraba hácia afuera y tan solo veia la oscuridad de la noche—cuando escuchaba en silen-

cio y solo oia el mugido del torrente, volvía tristemente al lado del afligido anciano y procuraba ocultarle su terror.

“Estan con tu hijo,” le decia suspirando, “él los ha de haber detenido; duerme, buen anciano, y yo velaré hasta que amanezca.”

“Sí, sí, hija mia,” replicaba Enrique; “mi hijo debe tenerlos consigo; procuraré dormir, no pienses en mí, y calma la agitacion de tu espíritu.” En seguida, para no aumentar la inquietud de Edmea, el buen anciano fingia que dormia tranquilamente.

Ámbos guardaban silencio, con la esperanza de engañarse el uno al otro; pero no bien oian el mas ligero ruido, se levantaban, y veian que ya no podian disimular mas tiempo.

## LIBRO II.

ENTRETANTO, Tell habia continuado su camino y ántes de amanecer habia llegado á los muros de Schwitz. Llamó á la puerta de Verner y los perros que rondaban el patio llenaron el aire con sus ladridos. Verner ya se habia levantado y estaba en pié al lado de una lumbrada, entregado á ansiosos pensamientos. Se dirigió a la puerta, la abrió al oír la voz de su amigo, y abrazándolo lo condujo al hogar. No bien reconocieron los perros al amigo de su amo, cuando fueron á hacerle halagos y á ofrecerle sus enormes cabezas para que las tocara con sus yertas manos.

“Amigo mio,” dijo á Verner el héroe, “ha llegado el momento en que debemos dar libertad